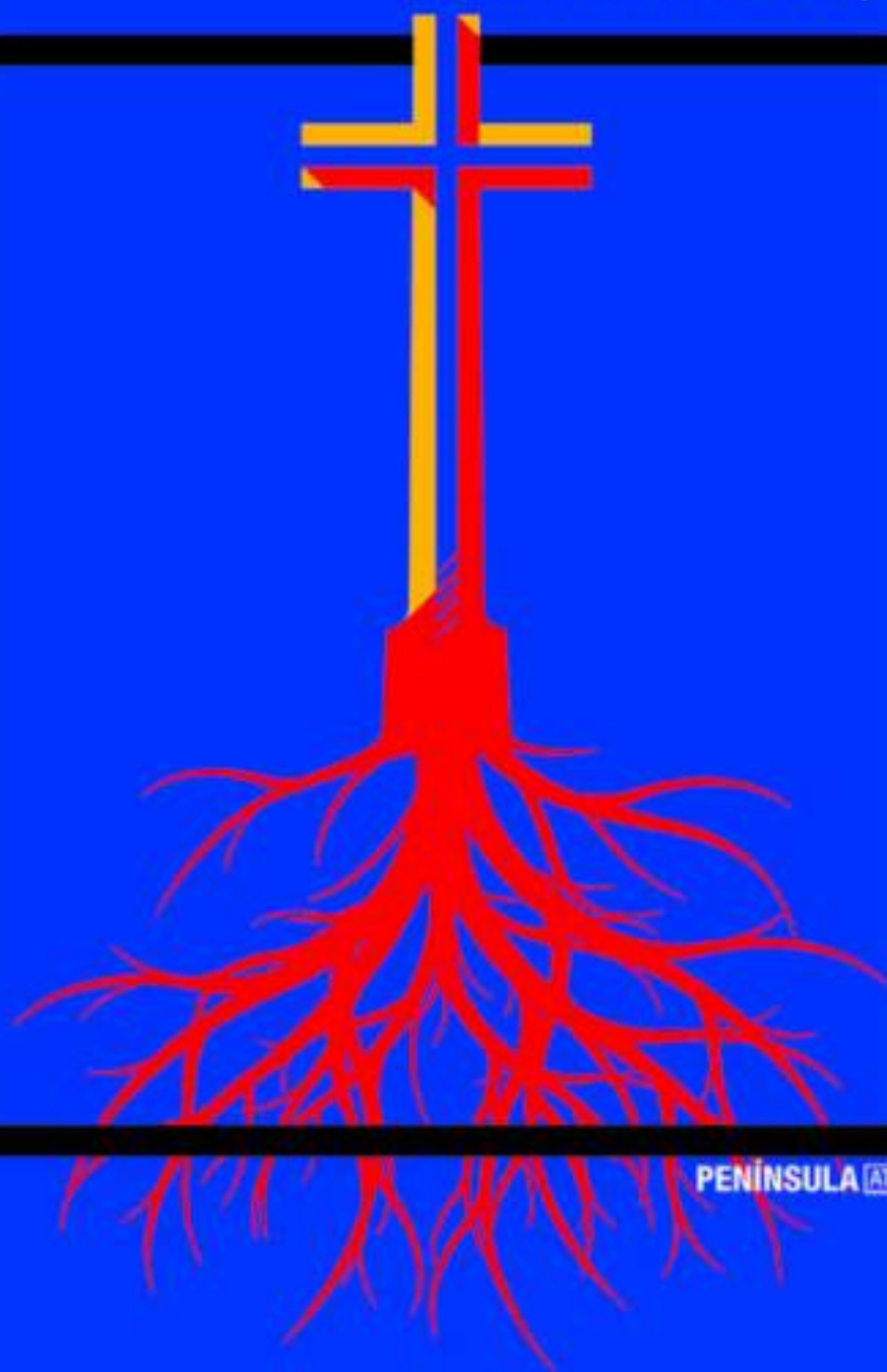


Fernando Olmeda

El Valle de los Caídos

Una memoria de España



PENÍNSULA ATALAYA

Índice

PORTADA	
SINOPSIS	
PORTADILLA	
NOTA DEL AUTOR	
1. UNA IDEA IMPERIAL	
2. NO SÓLO LA FE MUEVE MONTAÑAS	
3. LA OBRA DE NUNCA ACABAR	
4. HÉROES CONTRA EL TIEMPO Y EL OLVIDO	
5. DELIRIOS DE GRANDEZA EN EL MONTE DE LAS	
ÁNIMAS	
6. ANTESALA DE LA INMORTALIDAD	
7. ULTRAMONTANO Y TRANSGRESOR	
8. CENIZAS OLVIDADAS, RESCOLDOS CANDENTES	
BIBLIOGRAFÍA	
LÁMINAS	
NOTAS	
CRÉDITOS	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

El Valle de los Caídos es un parque temático del franquismo. Cuelgamuros es la prolongación de la dictadura por otros medios. Cuando los españoles se morían de hambre, el dictador Franco se gastó el dinero que no había en España para construirse un mausoleo, rendir homenaje a los suyos y abrochar, con una gigantesca cruz de 150 metros de alto, su relato ganador de la Guerra Civil.

Franco, que convirtió su dictadura en una forma de exterminio de sus enemigos, hizo del Valle de los Caídos su obsesión, lo visitó como si fueran las obras de su casa y lo convirtió en el símbolo ganador de la alianza propagandística entre su régimen y la Iglesia católica. Miles de republicanos yacen junto con quien los mandó matar, cientos de presos antifascistas fueron condenados a trabajos forzados en el Valle de los Caídos. Más de cuarenta años después de recuperadas las libertades en España, la democracia no ha llegado aún a este monumento franquista, gigantesco, triste y amenazante.

Fernando Olmeda
El Valle de los Caídos

Una memoria de España

ediciones península

NOTA DEL AUTOR

Ningún monumento de la dictadura franquista ha suscitado en España tanta polémica como el Valle de los Caídos. Ninguno ha acumulado tanto simbolismo. Ninguno ha generado posturas tan irreconciliables. Han pasado setenta años desde que Francisco Franco concibió la idea de construir un gran monumento nacional que desafiase al tiempo y al olvido, y cincuenta desde que fue inaugurado. Para unos, siempre ha sido un lugar de recogimiento y oración por la memoria de todos los fallecidos durante la guerra civil. Para otros, ha sido un expresivo ejemplo de la ignominia de un régimen dictatorial. Siempre ha dividido, nunca ha unido. Jamás ha vertebrado la paz entre españoles. Si el anterior Jefe del Estado pensó alguna vez que la gigantesca catacumba excavada en la roca sería un lugar de reconciliación, falló en el cálculo de modo estrepitoso.

Para elaborar este libro, me acerqué al Valle de los Caídos sin ideas preconcebidas, predispuesto al hallazgo, a la posibilidad de la sorpresa. Y descubrí que España sabe muy poco del monumento. Nos referimos a él según los dictados del corazón, no a partir del conocimiento objetivo. Porque su vasta historia apenas ha sido contada. Desde la muerte de Franco no ha habido más estudio específico que el libro *La verdadera historia del Valle de los Caídos*, publicado por Daniel Sueiro en 1976, única fuente informativa hasta la explosión de internet. Siendo valioso —hasta el punto de que defensores y detractores del monumento lo usan para sostener argumentos propios o refutar los del adversario—, ha quedado anticuado, y resulta, indiscutiblemente, insuficiente. Es, desde luego, el punto de partida

de este libro, que hereda el espíritu de Sueiro pero amplía la mirada histórica con datos contrastados y nuevos testimonios orales.

Sin afán de contarlo todo, porque pretender reconstruir medio siglo de vida y veinte años de obras es una tarea tan colosal como su propia erección, me embarqué en la búsqueda y rescate de episodios desconocidos. El lector encontrará numerosos datos inéditos, presentados con rigor y respeto, aunque no hallará verdades absolutas. Ni sobre el número de trabajadores penados y obreros libres que lo construyeron —la documentación disponible está incompleta—, ni sobre el coste de las obras. Tampoco sobre el número exacto de personas sepultadas en la cripta, ni sobre su adscripción política e ideológica —los miles de restos identificados como desconocidos distorsionarán para siempre cualquier intento estadístico—. Salvo recientes estudios parciales, las cifras totales manejadas hasta ahora no son, siendo benévolo, más que aproximadas; sin embargo, han sido dadas por buenas o cuestionadas sin una comprobación minuciosa, algo parecido a un dogma de fe. Esa comprobación ha sido inviable durante años, y ahora comienza a ser posible.

En lugar de contribuir a la confusión en torno a los números, a los que se ha atribuido más valor que a los hechos mismos, he preferido profundizar en el alma oculta del mausoleo de Cuelgamuros, que es mucho más que un icono de la dictadura. Y para ello, nada mejor que acudir a las fuentes directas: los testimonios y los documentos. Nada mejor que leer y rescatar el contenido de numerosos papeles oficiales que aquí, por primera vez, ven la luz, y que permiten conocer el día a día del Valle de los Caídos. La burocracia del régimen generó miles de documentos rutinarios (oficios, partes, cartas, notas y estadillos con salida o llegada en las oficinas de Cuelgamuros, la Dirección General de Prisiones, el Patronato de Redención de Penas por el Trabajo, los gobiernos civiles, los ministerios o las cárceles)

que dan una idea muy certera de su devenir histórico. Buena parte de este gigantesco volumen de información hasta ahora desconocida está depositado en archivos, cuya accesibilidad actual permitirá en el futuro que otros investigadores aborden aspectos generales o específicos que complementen este trabajo. En la primavera de 2008 consulté los libros de registro que guardan la información disponible sobre la identidad inequí voca o desconocida de miles de españoles que reposan en la cripta. Son anotaciones manuscritas que se limitan a un inventario cronológico de la llegada de restos mortales al Valle. También revisé las fichas mecanografiadas, ordenadas alfabéticamente y con información complementaria de los restos identificados. Sentí una doble sensación: por un lado, tristeza al ver el destino fatal que acabó con las vidas de tantos compatriotas; por otro lado, fortaleza para recuperar su memoria. En suma, la emoción y la responsabilidad que siente cualquier investigador, historiador, periodista o escritor cuando maneja o rescata documentos inéditos cuyo conocimiento público clarificará o ayudará a reconstruir episodios de nuestra historia reciente.

En cuanto a las características arquitectónicas del monumento y a sus elementos artísticos, he elegido aspectos que sirven para dar una idea general del esfuerzo constructivo y del estado de ánimo de quienes lo llevaron a cabo, sin entrar en su análisis y descripción pormenorizada, que el arquitecto Diego Méndez explicó extensamente en su momento y que han sido objeto de estudios especializados. En cambio, he preferido profundizar en acontecimientos —relevantes o anecdóticos— que en su momento pasaron inadvertidos, o que con el paso de los años han sido arrinconados por la ruidosa discusión abierta sobre los propósitos de Franco y el simbolismo pasado, presente y futuro del lugar. Porque la historia no se detuvo el 1 de abril de 1959, cuando fue inaugurado. En las cinco décadas poste-

rios han ocurrido muchas cosas. La mayor parte ha quedado en la nebulosa de la imprecisión nacida de la falta de información. Es hora de iluminar una historia oculta.

Es un libro de emociones. Tiene espíritu de cuaderno de bitácora, de recorrido por el devenir cotidiano de un recinto en el que miles de personas sufrieron, lloraron, trabajaron, murieron, soñaron y amaron. El orgullo de la España vencedora y el sufrimiento de la España vencida. Un monumento tan grandioso para unos como monstruoso para otros. La estricta veracidad de los testimonios reproducidos en el libro, obtenidos con firme ánimo clarificador, complementa y enriquece el trabajo de Sueiro, cuyos interlocutores de 1976 ya han fallecido. La mayor parte de los presos, obreros y personal libre que trabajó en Cuelgamuros también ha muerto o guarda silencio. Por eso, los testimonios de Mariluz Alonso, Juan Ramón de Córdoba, Segundo Fernández, Andrés Iniesta, Ángel Lausín (hijo), Antonio Orejas (hijo), Trinitario Rubio y Nicolás Sánchez-Albornoz tienen, salvados el lógico subjetivismo y las lagunas e imprecisiones derivadas del paso del tiempo, un gran valor que, espero, sea apreciado en el futuro. También aporta un gran valor el testimonio de Anselmo Álvarez, abad del monasterio benedictino, que vive allí desde hace medio siglo y ha sido testigo de todos los acontecimientos históricos que relato.

Agradecimiento especial a los hombres y mujeres que, también como protagonistas o testigos de una época y desde diferentes ámbitos sociales y posiciones ideológicas, confiaron en mí y me confiaron su testimonio oral. Además de los ya citados, quiero mencionar a Octavio Alberola, Isaac Arenal, Mary Bautista, Fausto Canales, Delfina Carretero, Eugenio de Azcárraga, María Luisa de la Serna, Sigfredo Hillers, Jesús López-Medel, Antonio Martín, José Antonio Mayans, Ismael Medina, Ricardo Metola, Lorenzo Olarte, Rafael Pombo, Luis Rubio Chamorro y Fernando Suárez. Su memoria es la memoria de todos.

La entrada en vigor de la Ley 52/2007, de 26 de diciembre, ha fijado las condiciones de funcionamiento del Valle de los Caídos, que no han alterado en lo sustancial la naturaleza de las actividades que se llevan a cabo y ha provocado una profunda decepción en quienes esperaban, como mínimo, la instalación de un museo en alguna dependencia del recinto. Durante décadas se ha hablado del monumento franquista por antonomasia desde posiciones enfrentadas, cuya agresividad, por desgracia, no se ha atenuado con el paso del tiempo. Este libro nace para unir, no para dividir. Aspira a la aproximación, al conocimiento recíproco y a la comprensión mutua. No está escrito contra nadie ni a favor de nadie. Respeto a las personas que recorren el Vía Crucis, contraen matrimonio o encargan funerales en el Valle en la misma medida que respeto a quienes proponen que se convierta en museo o luchan por recuperar los restos de sus familiares para darles sepultura en otro lugar. Respeto por igual a quienes encuentran allí un lugar para el recogimiento y la meditación y a quienes desearían que los restos de Franco y José Antonio fuesen trasladados. Su permanencia en la cripta, por cierto, sigue marcando el carácter del monumento. Y carácter es destino.

Han pasado siete décadas y se han perdido muchas oportunidades de llenar los espacios de la memoria que el franquismo y la transición dejaron vacíos. Arrastramos un déficit histórico en nuestra conciencia colectiva. La recuperación de la memoria es una tarea pendiente de la sociedad española, aunque en los últimos años se conoce más y mejor lo ocurrido durante la guerra y la posguerra. La intervención de los familiares y el inestimable trabajo de investigadores y asociaciones han cambiado por completo la perspectiva. La guerra civil no debe seguir siendo un problema, sino una solución. Discrepo de quienes se oponen a esta inercia imparable y siguen defendiendo como más conveniente para la convivencia el olvido, es decir, dejar las cosas como están para no volver a abrir viejas heridas ni

suscitar nuevos rencores. No se tiene en cuenta que ni siquiera existe el olvido para particulares y asociaciones vinculadas de una u otra manera al bando vencedor, que también están llevando a cabo un apreciable esfuerzo del rescate de episodios del pasado. Pero las divergencias son tan insuperables como la percepción del significado presente y del destino futuro del monumento. Cualquier interpretación de los hechos por parte del adversario es sesgada, oculta datos, ignora el contexto y, en definitiva, desvirtúa la realidad. Debe ser compromiso de todos pasar definitivamente las páginas negras de nuestra historia, pero esa historia debe ser enriquecida y completada, escrita y leída. El conocimiento —lo más completo y ecuánime posible— de nuestro pasado es fundamental para profundizar en la convivencia democrática, basada en la superación de viejos tabúes y en el respeto al pensamiento discrepante. Tenemos la obligación de inculcar a nuestros hijos la idea de que ya no es momento de ahondar en la idea de las dos Españas. Tenemos la obligación de educarles en el respeto y explicarles que sus ideas han de convivir pacíficamente con las de quienes piensan de modo distinto. Es el propósito que me ha animado a escribir este libro.

Durante año y medio, otras muchas personas han contribuido con sus conocimientos, su profesionalidad o su generosidad a la elaboración de este trabajo: Lourdes Toscano y Amparo Fernández (Biblioteca de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias); Victoria Ramos (Archivo Histórico del PCE); José María Pedreño y Arturo Peinado (Federación Estatal de Foros por la Memoria); Mariano Crespo (AMESDE); Santiago Macías (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica); José Manuel Ezpeleta (Hermandad de Mártires de Paracuellos de Jarama); Daniel Gallego (Fundación Infante de Orleans); Francisco Sánchez y Miguel Ángel Soriano (Asociación Pozos de Caudé); personal de la Oficina de Comunicación del Tribunal Supremo; personal de la sala de prensa y revistas de la Biblioteca Na-

cional; personal de Patrimonio Nacional en el Valle de los Caídos; personal de la sala de investigación del Archivo General de Palacio; personal del Archivo General de la Administración; personal del Archivo General Militar de Guadalajara; personal de la residencia de ancianos Palacio (Ciempozuelos); personal de la Fundación Anselmo Lorenzo; personal de la Fundación Nacional Francisco Franco; ARMH de Valladolid; Elena Angulo, Antonio Carpallo, Luis Castro, Pedro Corral, Julián Chaves, Alejandro de Toro, Julio del Valle, Jesús Demaría, Alfonso Domingo, Eliseo Fernández, Carmen García, Marçal Isern, Estíbaliz Largo, Joaquín Larrea, Manuel Marlasca, María Marsá, Fernando Mendiola, José Luis Molins, Tomás Montero, Luis Moreno, Beatriz y Ubaldo Naya, Cristina Olmeda, Carlos Pérez-Roldán, Francisco Pilo, Conchy Rodrigo, Sebastián Ruiz, Luis Miguel Sánchez-Tostado, Lorenzo Sanz y Miguel Ángel Vázquez. Agradecimiento especial a Pablo Linares, apasionado estudioso del Valle de los Caídos, y a Fray Santiago Cantera, monje de la comunidad benedictina.

1

UNA IDEA IMPERIAL

¡VIVA LA MUERTE!

Un fuerte aroma necrófilo impregnó la dictadura de Francisco Franco desde su victoria en la guerra civil hasta el día de su entierro en el Valle de los Caídos. El culto a los muertos se incorporó muy pronto a la épica de la Cruzada. Ya en los primeros días de contienda, los restos de personas de cierta notoriedad en el bando sublevado son trasladados a sus lugares de origen para ser objeto de honras fúnebres cuyo significado va más allá de lo puramente religioso. Así ocurre en las de Onésimo Redondo, fundador de las JONS, acribillado tras identificar erróneamente como falangistas a militantes anarquistas en el pueblo segoviano de Labajos.¹ Su cadáver es trasladado en coche a Valladolid, en cuya plaza Mayor rezan cientos de hombres y mujeres que se arrodillan al paso del ataúd, llevado a hombros por camaradas de la organización. La capilla ardiente queda instalada en el ayuntamiento. Sonoros gritos de ¡presente! rompen el silencio cada vez que se pronuncia el nombre de quien será conocido como «Caudillo de Castilla» a pesar de haber muerto apenas una semana después del Alzamiento. Sus restos son inhumados en la sepultura familiar del cementerio. Entre los primeros entierros solemnes también está el del infante Alfonso de Orleans, teniente piloto en el Tercio, que perece en accidente de aviación el 18 de noviembre de 1936, al estrellarse su Romeo en la Venta del Culebrín, cerca del pueblo pacense de Monesterio.² Tiene lugar dos

días después en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Una multitud emocionada desfila por el palacio de Orleans, y tres aviones dan escolta al cortejo camino del cementerio. Un testigo escribe en su diario personal: «Rodeada así la muerte de este aparato militar y litúrgico, la vida parece una cosa despreciable. Dan ganas de convertirse en muerto».³

La trascendencia espiritual del reposo eterno y la creencia en la existencia de otra vida contribuyen a superar la ausencia de los caídos, que se convierten así en sacrificados mártires de la renacida patria. Sus exequias son actos de afirmación política en los que se funden la devoción religiosa y la marcialidad. Miles de personas desfilan por la capilla ardiente de Emilio Mola, muerto también en accidente aéreo en el municipio burgalés de Alcocero el 3 de junio de 1937. El féretro es sacado a hombros del Salón del Trono del Palacio de Capitanía de Burgos por los jefes del Estado Mayor, y luego es colocado en un armón de artillería cubierto de coronas de flores y arrastrado por cuatro caballos. Franco desfila solo tras él. Parafernalia semejante acompaña el último adiós a Joaquín García-Morato, «As de la aviación» española. El 4 de abril de 1939, durante una exhibición en el aeródromo madrileño de Griñón, se estrella con su Fiat 3-51 cuando se dispone a tomar tierra.⁴ Tripular un avión de combate concede a pilotos de guerra como él una dimensión casi mítica. Al día siguiente se ofician funerales en el vestíbulo del Círculo de Bellas Artes. En el féretro se ha depositado el pañuelo de seda con el lema: «¡Vista, suerte y al toro!» que el finado solía llevar en el cuello. Una escuadrilla sobrevuela el cortejo cuando llega frente al Museo del Prado. En Málaga, la comitiva recorre varias calles hasta llegar a la plaza de la Merced, donde se despide el duelo, que continúa camino hasta el cementerio de San Miguel. La ciudad no volverá a vivir un entierro tan multitudinario.